

RECONSTRUCCIONES EN EL DOMINIO DEL CULTO A LA LUNA Y A LAS ANIMAS (PARA LA ETIMOLOGIA DEL VASCO ARGIZAGI)

Yu.VI.Zytsar'

Dedicado al gran Julio Caro Baroja

1. En el vasco *argizagi*, *argizari*, *argizai* “candela, cera” el sentimiento etimológico hace a algunos vascólogos que vean *zagi* “odre, pellejo” a pesar del significado literal que se recibe en consecuencia y que es, por lo menos, enigmático, extraño, artificial: “odre de luz”. ¿Qué tiene que ver *odre* con *luz*, *odre* que no es lámpara y de que nadie se ha valido todavía para sacar el fuego o iluminarse? ¿Se trata de un *odre* para la grasa de alumbrar? Pero, sin hablar de lo probativo de una etimología semejante, no se ve en absoluto, cómo a base de tal significado haya podido surgir el de “candela, cera”. Porque si admitimos algo intermedio, como “candelero”, volveremos a un callejón sin salida, y es que un odre, sea con grasa para alumbrar, no puede hacerse un candelero, y en consecuencia la acepción de “candelero” no puede surgir a base de la de “odre con grasa de alumbrar”.

2. Además, *argizagi* para el vasco no es solamente un objeto doméstico, de la vida cotidiana, sino ante todo el de culto; para precisar —culto a las ánimas de los difuntos parientes— no es una simple candela, sino ante todo una candela que se enciende en las tumbas para que los difuntos tengan luz en su noche eterna; y se puede, creo, decir que con la sola mención de *argizagi* el alma de un vasco vivo se hunde en un humor especial de oración y de meditar silencioso. Y siendo así podemos preguntarnos ¿cómo es que con pasar de “odre con grasa” a “candela, cera” haya podido surgir una connotación parecida? En la etimología que analizamos no hay respuesta, con lo que la noche de este problema, digamos “trascendental”, no se disipa, sino se acentúa. Y se acentuaría aún más, si supusiéramos el carácter ritual de aquel mismo odre, etc.

Por otra parte, no podemos prescindir del sentimiento etimológico, dictador de la hipótesis en cuestión, de tales vascólogos, como incluso Azkue (1)

(1) R. M. de Azkue: *Diccionario vasco-español-francés*, tt. 1-2. Bilbao, 1905. Cfr. J. Caro Baroja “Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco”, 2 ed. San Sebastián, 1980, p. 52.

y ello significa que en esta etimología puede haber una médula racional, que surja con la resolución del problema. Por consiguiente, no debemos apresurarnos con despedidas de nuestro "odre" (zagi), sino viceversa, fijarlo con atención.

Los odres, como se sabe, se hacían de los pellejos de los animales, las más de las veces de los pellejos de las cabras y chivos (2) teniendo en general un amplio empleo (cfr. fr. *bouc* "chivo" y "odre", etc., cfr. también ruso "ko-zá" pellejo, piel y *kozá* "cabra", etc., y esto ya nos permite suponer que el vasco *zagi* significaba antes "cabra, chivo", cfr. en el propio vasco en Azkue *zag-on* "impermeable rústico, trozos de cuero con que los pastores, sobre todo, cubren los muslos en días de lluvia" —confirmación evidente de que se trata en efecto de algún animal, de su pellejo.

Por otra parte, en las lenguas i-eas hay muchas designaciones de la cabra con la misma raíz, como el alem. *Ziege*, etc., y lo mismo en varias lenguas de Asia, véase el material aducido en este contexto por J. Hubschmid (3), añádase el georg. *cikani* "cabrito". Resulta así que se trata de un término muy extendido por las lenguas de Eurasia y que puede pertenecer al fondo migrativo de la época del paleolítico (término importante, posiblemente, entre otros para el problema de *Zerdehnung* en el vasco, en vista de la forma *zaha-gi* "odre", etc.).

Si el vasco *argizagi* apareció cuando *zagi* tenía todavía el significado de "cabra" o "chivo", tenemos que adscribirle no el significado de "odre de luz", sino "chivo o cabra a sacrificar por la luz", compuesto de finalidad, o "cabra a los argi celestes" (por la luz en la ultratumba) o algo por el estilo, a lo que no contradice la acepción tardía de *argizagi* "candela, cera", porque al ser suplantada la paganidad por el cristianismo es evidente que *argizagi* podía pasar, ser transferido funcionalmente desde el sacrificio pagano (es decir, desde el chivo o trozos de su pellejo que se quemaban en las tumbas) a la candela cristiana (que se encendía en las mismas tumbas y con los mismos objetivos); en esta suposición se da, como vemos, toda la atención a la connotación semántica religiosa de que se ha hablado.

Y a favor de tal etimología es todo lo que conocemos sobre el papel de las cabras y especialmente chivos en la religión antigua del pueblo vasco, papel que tiene su fuente todavía en el culto a la fecundidad (con la que el chivo, precisamente, se asocia, por lo visto, por su sexualidad elevada, etc.). Conocemos también, en Aquitania aún, tales divinidades paganas, como el famoso *Aherbelste*, es decir (vasc.) *aker beltz* "chivo negro", y se sabe, que muy entrado ya el periodo cristiano el chivo quedaba una de las figuras simbólicas más importantes en la tan extendida brujería vasca (continuación

(2) J. Hubschmid "Schlauche und Fässer", Bern, 1955.

(3) Hubschmid, op. cit.

directa del paganismo local) floreciente hasta incluso la época de Pierre de l'Ancre ("Tableau de l'inconstance de mauvais anges et démons", Bordeaux, 1610), quien, a su vez, no dejaba de derrumbarse en cualidad del juez sobre las pobres brujas (en realidad, simples "paganas directas") vascas. Una parte de las obras fundamentales de tal etnólogo, como J. Caro Baroja, está especialmente dedicada a la brujería vasca con sus chivos., lo que es llamativo ya de por sí.

En uno de los viejos textos vascos la palabra *argizagi* se da, a propósito, no con el significado de "candela, cera", sino "lumbraria, luminaria" (4) lo que ensancha la esfera semántica de la palabra, como sería de esperar en vista de la acepción de fondo "sacrificio a por la luz" (y no tan estrecho, como "cera", "candela"). Al propio tiempo hay en "lumbrera, luminaria" algo que brota desde una base ancha en una otra dirección, que no la de culto, y esto concuerda con el hecho de que *argizagi* hoy no es solamente un término de culto, sino también común (ya que denota toda candela).

El vasco *abrildu* "sacrificar" considerado compuesto de *abere* "animal" e *ildu* "matar" puede en realidad contener un **abere* "oveja", pero, siendo aún así, esto poco podría instruirnos aquí.

2. El vasco *argimutil* "portaluz, candelero" (Azkue, etc.), si no es un calco tardío del esp. *portaluz*, se concibe difícilmente como una formación con *mutil* "muchacho, criado", incluso en la hipótesis de la transferencia figural (a los candeleros) de algún vocablo viejo designando criados para llevar antorchas, etc. Es verdad que *argi-mutil* está especializado en el sentido de apoyo (para la luz), mientras en *argizagi* este semicomponente se percibe sólo en una (aunque vieja y desaparecida) ramificación de "lumbrera, luminaria".

Nunca podemos excluir, por lo demás, una contaminación lexical, influjo por parte de *mutil* "muchacho" en este caso.

Por lo que toca a la propia palabra de *mutil*, se cree que procede del lat. *mutilus* "mutilado, mocho" y vulgarmente "rapado" por la costumbre de trasquilar a los muchachuelos, comp. *mutilar* (5), donde se lee: "dialectalmente se emplea esp. *mutilar* para "cortar el pelo", de donde motilón "lego tonsurado, muchacho"; y en cuanto al propio *mutilare* latino, reflejado en esp. *motilar*, aprendemos aquí que es "derivado de *mutilus* "mutilado", propiamente "descornado".

De todo esto se puede deducir, como creo, tres cosas:

1. En los tiempos posteriores y en las zonas secundarias (dialectales) el continuador del lat. *mutilare*, cualquiera que sea el origen de éste, se emplea-

(4) J. Caro Baroja, op. cit., p. 52.

(5) J. Corominas: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, 1967 (bajo *mochila*, etc.).

ba, en efecto, en el sentido de “trasquilar, rapar” y su derivado *motilón*, si es realmente su derivado (algo como “trasquilado”), servía para apodar, llamar irónicamente a los adolescentes, haciéndose su apelativo.

2. En los tiempos antiguos, cuando la palabra vasca *mutil* vino del latín, el punto de partida semántico y general no radicaba en el verbo latino *mutillare*, ni en su participio, sino en su base *mutillus* “descornado”. Es de este *mutillus* “descornado” de donde proviene el vasco *mutil* “muchacho, criado”.

3. Este último vocablo se ha formado a base de “descornado” análogamente al esp. *motilón* de los tiempos posteriores, es decir por vía de comparación irónica de los adolescentes rapados o trasquilados con los animales privados de los cuernos.

Ahora bien, sin discutir el problema de si trasquilaban y rapaban a los muchachos entre los vascos de la época de Roma (6) y entre otras tribus nortañas tan salvajes como ellos, en aquel período, indicaré solamente una posibilidad (algo distinta a la del punto 3 de arriba). Aunque el lat. *mutillus* en ligazón con los animales y sus cuernos, sin ser participio, tenía ante todo la significación participial de “descornado, privado de cuernos”, se empleaba también, como se sabe, en la no participial de “sin cuernos” con aplicación sobre todo al ternero, al joven buey, a la joven cabra, cabrita (véase cualquier diccionario latino), y es muy posible igualmente que todavía en el latín ya se generalizaba con esta significación para todos los jóvenes animales. Es de los jóvenes animales, de la acepción correspondiente de *mutillus* que puede partir, pues, el vasco *mutil* “muchacho, criado” < “joven (animal)” < “sin cuernos”.

Es verdad que también esp. *mocho*, *mozo* y *muchacho* se deducen de ordinario del vasco *motz* “descornado” (por trasquilar a los muchachos también). Pero la propia palabra vasca *motz* significa no sólo “descornado” (participio no marcado), sino también “sin cuernos” con aplicación a los jóvenes animales.

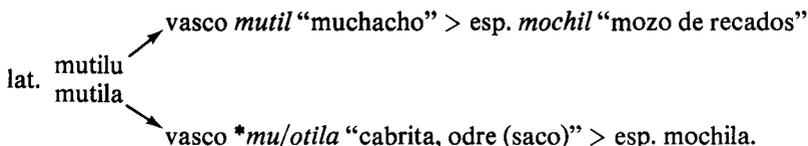
El animal a que se aplicaba lat. *mutillus* “sin cuernos” (en su forma femenina: *mutilla*) con frecuencia especial, era la cabra joven, cabrita (*capella* en latín). Es decir que existía, probablemente, la palabra latina **mutilla* “cabrita, joven cabra” que al unirse con el vasco *argi* podía dar **argi-mutilla*, o (con caída de -a, tomado por el artículo vasco) *argi-mutil* lit. “cabrita de por la luz”, “cabrita a los argi celestes” (por la luz en la ultratumba), cfr. *argizagi* en la interpretación de arriba “chivo o cabra a por la luz”, cfr. lo divulgado de la costumbre antigua de sacrificar precisamente a las cabritas y corderos.

Como en el vasco hay *zagi* “odre”, esperaríamos para el reconstruido **mutil* “cabrita” un derivado semántico más con esta misma significación de “odre”, y esto nos pone delante el problema del vocablo español *mochila* que

(6) Yu. VI. Zytzar “Sobre las designaciones del esclavo, criado, etc., en las lenguas kartvélicas y el vasco”. Macne (Tbilisi), 1980, N 2, pp. 131-137.

se cree formado a base del esp. *mochil* “muchacho que sirve de mensajero o recadero a los labradores” (según la definición de J. Casares), cfr.: “mochila de mochil “mozo de recados” por ser prenda característica del mismo, mientras el propio *mochil* viene del vasco *motxil* dimin. de *mutil* o *motil* “muchacho, criado”, que a su vez procede del lat. *mutilus*” (J. Corominas, op. cit., *ibid.*).

Se sabe, por lo demás, que *mochila* en español designa ante todo la conocida caja soldadesca, una bolsa donde colocar todo lo necesario para el camino y J. Casares en su gran “Diccionario ideológico de la lengua española”, Barcelona, 1951 da para *mochila* en primer lugar la definición de “cierto género de caparazón que en la jineta se lleva escotado de los dos arzones”. La historia de la cultura nos enseña que los sacos en general se hacían o, mejor, surgían de los odres, cfr. ruso *meš - ok* “saco” de *mej* “odre”, “pellejo del animal, piel de animal”, etc. (J. Hubschmid, op. cit.). Es sabido, en fin, que las mochilas de los soldados y de los escolares se hacían a menudo y hasta los tiempos nuevos del cuero de los terneros y otros animales, incluso jóvenes. Cfr. por vía de resumen, aunque siempre con el espíritu de búsqueda:



donde el préstamo español desde el vasco de la segunda línea repite el de la primera, como se repiten en total ambas líneas.

3. El vasco *argizagi* “candela, cera” etc. coincide formalmente con el vasco *argizagi* “luna” (independiente y en el cuerpo de los compuestos *argizagi bethe* “luna llena”, *argizagi xuri* “luna nueva”) que designa también todo lucero y toda estrella grande: “luceros, estrellas de gran fulgor” según X. Kintana (7). Esta coincidencia formal es sorprendente, porque tanto *argizagi I*, como *argizagi II* tienen en la segunda posición intervocálica tres variantes consonánticas: /-g-/ , /-r-/ , /-Ø-/ , y, a más de ello, tienen igual distribución cuantitativa para estas tres variantes (diccionarios de Azkue, Múgica, Kintana, lista de J. Caro Baroja (8); en lo tocante a la lista de Azkue en su *Euskalerrriaren Yakintza I*, p. 162, no me es accesible).

Tales coincidencias en el vasco son, como se sabe, exclusivamente raras, y ello prueba que *argizagi I* debe por la parte etimológica estar estrechamente ligado con *argizagi II* (y que si hubo un influjo sobre parte de alguna tercera

(7) X. Kintana et al.: *Hiztegia 80. Vasco-español, español-vasco*, Bilbao, 1980.

(8) Caro Baroja, op. cit., pp. 52-53.

palabra, debía distribuirse sobre ambas *argizagi* en cuestión). Siendo así, la base debe ser *argizagi I* (“candela, cera”), todavía como “víctima a/ por la luz”, porque con tal admisión podemos comprender, por qué razón *argizagi II* designa tanto a la luna, como a los luceros y estrellas grandes, es decir todo lo que da luz, mayor luz en el cielo nocturno, mientras que la admisión del paso semántico contrario (*argizagi II* > *argizagi I*) no nos explica nada. Efectivamente, si *argizagi I* significando “sacrificio a los argi celestes” o “sacrificio por la luz en la ultratumba” (a los mismos *argi*) pasó a designar a estos propios *argi*, es decir a estos propios cuerpos celestes, está claro que podía o debía abarcarlos a todos, a todo lo que da “fulgor”, no solamente a la luna, lo que coincide con la significación actual de *argizagi II*. Y ello es tanto más importante, que no podemos admitir, a mi ver, tales cambios semánticos, como “luna” > “luceros y estrellas grandes” y viceversa que nos expliquen la unión de estas significaciones en *argizagi II* sin salir de su marco.

Ya si nos fijamos en la cera y en la candela cristiana, resulta, como veremos etnográficamente, que los vascos las asociaban con la luna y con las estrellas, dirigiendo sus asociaciones precisamente hacia arriba, al cielo nocturno, como si se tratase de ascender con la cera y la candela al cielo y a sus luces. Y no es difícil imaginarse una ascensión análoga en el período precristiano, “precandela”, el de chivos y cabritas a sacrificar.

Con *argizagi (I)*, designación de la candela, cera entre los vascos —dice J. Caro Baroja—, está ligada “la creencia... de que la luz de las sepulturas es necesaria a los muertos... y esta creencia justifica uno de los ritos más poéticos de la vida rural: el de avisar la muerte de las personas de la familia a las abejas para que produzcan cera” (8). Pero uno de los nombres de la luna en el vasco —prosigue—, es también *argizagi*, y por otro lado precisamente en la luna una parte de los españoles norteños (para precisar los gallegos) colocaban las ánimas de sus difuntos, creyendo que estas últimas llegan de la luna en forma las abejas; incluso los propios vascos asocian hasta la hora uno de sus insectos, la coccinella (si no las abejas) también con la luna y llaman este insecto en algún dialecto francamente *irargi* “luna” (9). Un poco más por abajo y en otro material el distinguido etnólogo establece que la luna a la par de la tierra, era el dios supremo del pueblo vasco (op. cit. cap. 3, 4, cfr. la conclusión de la p. 48), y que con ella debía este pueblo relacionar las ánimas de los muertos.

Terminemos aquí la presente ponencia. Añadiremos sólo que si ambos *argizagi* ascienden, en fin de cuentas, a *argi* “luz” y *zagi* “chivo”, resultaría de ello que entre las variantes fonéticas indicadas arriba son originarias las de /-g-/, mientras que las de /-r-/, /-ϕ-/ son secundarias, con lo que cae la etimología deduciendo todas estas formas de **argi-izari* “luna” lit. “astro-medidor” (medidor del tiempo, de los meses, como creo, no de la luz, pues

(9) (9) Ibid.

esto último no se ve motivado). A esta etimología le contradice igualmente la observación de arriba de que *argizagi*, como la “luna”, no es transferible a los luceros y grandes estrellas.

De modo igual cae la posibilidad —aunque muy seductora— de hacer ascender algunas formas de *argizagi* (y I y II) a *argi-zai/zain* “guarda de la luz”, lo que no excluye el influjo del vasco *zai* “guarda, guardia”, cfr. la falta de las formas con /-h-/ al lado de /-ϕ-/ en el cuerpo de la variante *argizai*.

La forma secundaria con /-r-/ puede, en su turno, provenirle las más habituales alternancias fónicas o ser consecuencia del influjo de la tercera palabra (sobre ambas *argizagi*), que sería el nombre de Venus, pero no en su forma de *artizar*, *aurtizar*, sino en la de *argizar*, que se atestigua no sólo en Vera del Bidasoa, patria de J. Caro Baroja (10), sino también en los viejos textos: *argi izar* según L. Michelena “estrella de luz” en su propia traducción literal (11).

URSS, Georgia, Tbilisi, 380086
Prospekt Važa Pšavela
VII Kvartal, dom 5A, kv. 31
Yu. VI. Zytsar

(10) J. Caro Baroja “De la vida rural vasca (Estudios vascos, IV), 2 ed., San Sebastián, 1947, pp. 324-325.

(11) L. Michelena: *Textos arcaicos vascos*, Madrid, 1964. Índice, *argi izar*.